

## El hombre que defendió el imperio “funcional”: con las armas y con las letras<sup>1</sup>

Alfredo Alvar Ezquerro  
Profesor de Investigación del CSIC  
Académico Correspondiente de la RAH

Uno de los problemas ordinarios a la hora de hacer Historia es el del presentismo, esa suerte de ver el pasado sin la fortuna de poderse desprender del presente. Suele ocurrir con demasiada frecuencia y así se analizan hechos, situaciones o momentos sin darnos cuenta que su mundo era otro. Un mundo previo al nuestro, qué duda cabe, pero diferente. Y más aún si nos referimos al siglo XVI.

Un hombre, digamos “bien nacido” o que aspirara a ser tenido por tal, es decir a que se le reconociera portador de honra (pues honor tenían todos al ser una concesión de Dios), sabía que tenía que rendir lealtad a una dinastía y a una religión.

Alrededor de ambas se gestaban las hazañas que hacían más grande al particular, a la persona individual. Si, además, prestabas servicio de armas, tales lealtades se veían engrandecidas sobremanera. Y, aún más, si psicológicamente te encontrabas enardecido por cualquier campaña de exaltación militar, estar dispuesto a dar tu vida por tu rey (encarnación de Dios en la Tierra) y más aún por defender tu religión, podía conducirte a un paroxismo sin igual.

Imaginemos que vemos a un muchacho veinteañero al que invitan a unirse a las banderas de un héroe militar, don Juan de Austria, que va camino de ser mito. Supongamos que ese muchacho se ve en esas compartiendo tiempos, ocios, conversaciones, o juergas con otros de su misma edad. Es fácil imaginar la idealización de lo que está a punto de ocurrir y la necesidad de insuflar ánimos desbocados en la mente de ese joven.

Dejémosles en Nápoles haciendo la instrucción militar primera, enrolados y listos para embarcarse.

Vayamos a los anaqueles, a los arcones en los que los secretarios del Consejo Real de Estado van apilando la correspondencia, en función de su procedencia, que les mandan los embajadores desde Viena o Praga fundamentalmente, o desde Bruselas, Roma o París. Desde hace menos de un lustro, un secretario –Antonio Pérez– recibe lo que viene de Italia; el otro –Gabriel de Zayas– lo que datan y rubrican desde Bruselas, Viena, París.<sup>2</sup>

Los contenidos de las cartas que reciben y archivan son, a su manera, similares. Difieren, claro está en los nombres, o en los topónimos; pero a buen seguro que coinciden al hablar de herejía, traiciones a la Cristiandad, o turcos. Turcos por todas partes. Por tierra, bien asentados en Hungría (tras la victoria sobre Luis II Jagellón en Mohacs) e incluso en las puertas de Viena, que el gran Carlos V tuvo que ayudar a su

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte de los realizados al amparo del proyecto de investigación del Plan Nacional de I+D+i financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Reino de España, que se realiza en la Agencia Estatal Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) bajo la dirección del dr. Alfredo Alvar Ezquerro, cuyo título es “La escritura del recuerdo en primera persona: diarios, memorias y correspondencias de reyes, embajadores y cronistas (siglos XVI-XVII)” (nro. de ref. HAR2011-30251).

<sup>2</sup> La cédula real de la división en dos de las Secretarías de Estado –en la que además, se especifican las funciones de cada secretario– lleva fecha de 8 de diciembre de 1567 y se puede ver en Simancas, Libros de Cédulas de la Cámara, 145, fols. 254-262.

hermano Fernando I cuando ya estaban en los dinteles de la ciudad imperial. Pero turcos también, con sus diversas alianzas y su conocida estructura piramidal de poder, turcos por el mar, por el Mediterráneo, hostigando acá y allá, ahora islas enteras, ahora unas escuadras, ahora una nave de unos incautos que se perdieron en una tormenta.

Turcos por tierra. Turcos por mar. Y al fondo, Constantinopla. Y al fondo, también, la imposibilidad de alcanzar una paz, una tregua aunque fuera, que diera un respiro a tanto miedo.

Claro que se quería una paz y dar por perdido lo perdido. Pero los turcos no paraban de hostigar a venecianos, a italianos del sur, a españoles. Así que no era mucho el optimismo que se podía tener. Y cuando falla la paz, hay que ir a la guerra. Y también, hay que hacer la guerra, porque si se busca la paz se puede malinterpretar y pensar que el primero en plantearla es el más débil.

Paz entre cristianos y guerra contra infieles. Este, y no otro, era el principio de la beligerancia de los cristianos. Aunque Erasmo hubiera querido otras cosas, hubiera soñado de otra manera, al principio de sus escritos, luego hubo de volver la mirada hacia la realidad. No había otro remedio: paz entre iguales; guerra contra la alteridad.

Es un lugar común que la biografía de Cervantes nos sigue apareciendo llena de puntos oscuros. Sin duda es así. Tanto como que cuanto más conocemos, más insatisfechos nos quedamos. O también que sobre pocos personajes se ha fantaseado tanto como sobre Cervantes, al que se le han cargado todos los presentismos de moda de todas las épocas.

Él pudo haber sido, o no, el que hirió a Antonio de Segura. El caso es que apareció por Nápoles y todo aquello. O sea, que se embarcó en la escuadra multinacional que iba a la búsqueda de los turcos tras la pérdida de Chipre.

En los mecanismos de sentimiento y pensamiento de aquellos hombres, no había lugar para otras cosas: que algunos iban por la paga, qué duda cabe, pero que las arengas, como la del marqués del Vasto, servían para enardecer a los resolutos y reencaminar a los irresolutos, es obvio. En las arengas se les hablaría de rey, religión y civilización, frente a una alteridad enemiga en todo, destructora en materia de religión y sanguinaria. *Fiera nación de los turcos...* tituló Vasco Díaz Tanco su obra, en un alarde de alianza de civilizaciones.

El proceso de afianzamiento ideológico de Cervantes funcionó a la perfección en aquellas semanas previas a la Batalla. Tan es así que, cuando al final las dos armadas entraron en combate, aunque él estuviera con fiebre se echó al esquite y allí libró el combate, de la manera que lo hizo.

Herido y a refugio en el hospital en Mesina, se le quebró el ánimo. A no pocos les llenaría de indignación ver cómo habían arriesgado la vida, habían dejado aun el pecho o la mano heridos en el enfrentamiento y ahora, por los motivos que fuera, aquella Santa Alianza se desmembraba. ¿Para qué haber perdido lo perdido; para qué sufrir el espectáculo de ver tanta sangre y muerte alrededor?

Ese desolador ambiente de decepción se deja ver en muchos sitios, en muchas cartas, en el alma de muchos. En el verano de 1572 don Juan Manrique, secretario de los archiduques de Austria que estaban siendo educados en España (“yo soy vasallo de Vuestra Majestad y tengo casa en Viena, mujer i hijos”) escribía a su señor, el Emperador Maximiliano II, ciertas impresiones posteriores a la batalla de Lepanto:

Con todas las ocasiones que yo [he] podido [he] escrito a Vuestra Majestad y ahora así lo hago y doy aviso a Vuestra Majestad cómo después de tantas

mudanzas en esta armada –así la vuelta de Levante y después la de Poniente y ahora tornamos a la de Levante– siempre se [ha] estado en estas mudanzas confusos y mudar las embarcaciones y irnos de aquí a Palermo y de Palermo aquí. En esto hemos gastado el tiempo. Ahora nos partimos con dejar aquí más de 4.000 hombres los qual[es] quedarán debajo el cargo de Jan [sic] Andrea Doria y aunque él va con nosotros hasta Corfú, todavía ha de volver, y dicese que será para agosto la empresa de Túnez, la cual es de harto poco momento y nosotros nos iremos por este mar adelante y a dicho de todos con poca esperanza de hacer algo por estar el tiempo tan adelante que ya tenemos dos de agosto y no somos partidos: bien que dice don Juan de Austria que nos partiremos.

De lo que sucederá tendré avisado a V. M., aunque creo que todo será andarnos hechos corsarios...”<sup>3</sup>

Sí, es verdad: a la decepción, las incertidumbres del qué hacer, máxime si tenemos en cuenta que el mar no está abierto todo el año, que la navegación sólo es estacional.

Y los descalabros en aquel verano no cesaron: “Después de llegado aquí, a Corfú, no [ha] habido novedad que sea para escribir a Vuestra Majestad, sino que ahora vemos claramente cómo Marcantonio Colonna ha hecho el más lindo tiro del mundo a don Juan de Austria”, abandonándolo. Ante esa situación, y por no saber por dónde andaba el Colonna, “no se acierta a tomar tino de lo que se ha de hacer, pero hase concluido que don Juan vaya con las más galeras que aquí hay que son 54 galeras pero no con camino de combatir con Ochalí [...] pero para dar un poco de buen crédito de sí al mundo a que no digan que no nos movemos de un lugar”.

De lo anterior se deduce que la confusión era grande. Andrea Doria tenía 8 galeras en España y otras 4 en Corfú: “Él irá a Mesina; de allí aguardará lo que le sea mandado de la Corte de España. Creo que irá a hacer la empresa de Túnez, la cual es de harto poco momento”.<sup>4</sup>

Decepción, desconcierto y falta de fe en la inminente empresa por llegar. Andamos por agosto de 1572. Tan es así que en Corfú –narra Manrique– hubo una reyerta entre soldados españoles y venecianos. ¡Algo se tendrían que decir!

El caso es que Cervantes se volvió a enrolar en el ejército de don Juan de Austria. El tercio de don Lope de Figueroa tenía varias compañías: a las de Diego de Urbina y Manuel Ponce de León perteneció Cervantes.

Es bien sabido que durante la Batalla, la escuadra de los corsarios de Argel abandonó el combate cuando vieron que se perdía: es decir, que las galeras de Argel no sufrieron la derrota..., y siguieron pirateando. Había que darles combate.

Para estos encuentros cara a cara estaban don Juan de Austria, o don Álvaro de Bazán, o Doria... Para las negociaciones diplomáticas en pos de una gran tregua, la red diplomática y de espionaje.

Entre 1571-1572 y 1575 anda recorriendo el Mediterráneo oriental. Son campañas de hostigamiento y salvaguarda del Mediterráneo central y occidental.

<sup>3</sup> Viena. Hof, Haus und Staats Archiv, *Spanien, Hofkorrespondenz*, 2/3, De don Juan Manrique a Maximiliano II, desde Mesina, 2 de agosto de 1572.

<sup>4</sup> Viena. Hof, Haus und Staats Archiv, *Spanien, Hofkorrespondenz*, 2/3, Corfú, 14 de agosto de 1572.

Ellos (quienes fueran) tenían en la cabeza un buen mapa del mar en el que la línea que baja desde Italia a Túnez era la barrera, la frontera natural que lo dividía en dos. En tiempos de Carlos V lo habían intentado hacer bien y definitivamente: primero, con la campaña de Túnez de 1535 aspiraron a construir la muralla. Sin embargo, había un problema. Argel. Mientras dentro de la “bolsa” del Mediterráneo Occidental estuviera esa ciudad (“SEBASTIÁN. ¿Hase visto tal maldad? / ¿Hay tierra tan sin concordia, / do falta misericordia / y sobra la crueldad? / ¿Dónde se halla[rá] disculpa / de maldad tan insolente: / que pague el que es inocente / por el que tiene la culpa? / ¡Oh cielos! ¿Qué es lo que he visto? / ¿Éste sí que es pueblo injusto, / donde se tiene por gusto / matar los siervos de Cristo!” (*Trato de Argel*, vv. 463-474, 831<sup>a</sup>); o también, “—Ésta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puesto universal de cosarios, y amparo y refugio de ladrones, que, deste pequeñuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus bajeles a inquietar el mundo, pues se atreven a pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules, y a acometer y robar las apartadas islas, que, por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras, a lo menos de los bajeles turquescos” (*Persiles y Sigismunda* III, 10, 781<sup>b</sup>), mientras estuviera esa ciudad infestada de corsarios, los peligros seguirían siendo los mismos. Por ello, y porque Carlos V se lo había comprometido a su esposa, se organizó la campaña famosísima al poco de morir ella, como si del cumplimiento de un voto se tratara (Alvar Ezquerro 2012).

Pero, además, no sólo debió ser decepcionante la ruptura de la Alianza, sino que en el hospital de Mesina, donde convaleció, compartió espacios con los soldados alemanes heridos. Y allí aprendió otra cosa: “Pasé a Italia y llegué a *Alemania*, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia” (*Don Quijote* II, 54, 459<sup>a</sup>). Tal afirmación sí que es de las “cosas oscuras” de la vida de Cervantes... ¿De su inconsciencia; de sus agallas por decirlo; de su mala interpretación de una realidad que iba por otros derroteros (no olvidemos que el texto es de 1615, cuando la Guerra de 1618 está ya prácticamente desatada)?

El fiasco de esa campaña dio al traste con todo buen sueño y las estrategias fueron alterándose. Hasta Malta fue sitiada. Entonces se propuso la guerra por enfrentamiento. Así tuvo lugar la Batalla. Pero tras ésta, no se desbarató el poder otomano o de sus aliados en el Mediterráneo, que volvieron a reconquistar Túnez, plaza fuerte que a la altura de 1574 ya no se veía útil su preservación. No era útil logísticamente, y mucho menos económicamente. A Túnez-La Goleta se les dejó caer aunque no sin épicos avatares, de los que Cervantes fue lejano testigo de vista de ojos y lo narró —casi, casi— como quien hubiera querido narrar la crónica del suceso para lanzar un pliego impreso.<sup>5</sup>

Luego vinieron las escaramuzas del Mediterráneo oriental y las angustias por el mantenimiento de una flota de galeras capaz de mantener la paz en las aguas. La tarea no era fácil: los puertos de aprovisionamiento estaban reduciéndose cada vez más a los de la Monarquía de España en el Mediterráneo norte y la fragilidad y vulnerabilidad de los del Mediterráneo sur iba en aumento.

Había, pues, problemas estructurales de financiación de una escuadra que se veían aumentados porque Flandes empezaba a costar dinero. Además, como la guerra por mar

<sup>5</sup> Todo ello lo he tratado más por extenso, comparando textos de militares en Simancas, con los textos de Cervantes (Alvar Ezquerro 2008; 2010).

(y por tierra) era estacional, cada llegada de un otoño suponía el deshacerse de miles de hombres a los que se licenciaba hasta la campaña siguiente, hasta la recluta siguiente.

El problema era inmenso y ahora se acentuaba con un latente enfrentamiento entre el Marqués de Santa Cruz y el cardenal Granvela. Hubo un acalorado epistolario entre el rey y ambos. Decía Santa Cruz: “no por esto sería yo de opinión que Vuestra Majestad desarmase galeras pues las tiene ya armadas y bien en orden”. Argumentaba Granvela: “Cuanto a lo que me manda Vuestra Majestad de atender al crecimiento del número de galeras –por lo que otras veces he escrito– habrá podido ver Vuestra Majestad que es tratar de lo imposible y quedo en mi opinión que es gasto infinito y buena parte de él perdido, que querer hazer tantas galeras no se pudiendo con ellas ygualar a las que el turco arma” servirá para que el turco arme más y por lo demás, armar más y más, solo sirve para tenerlas todas incompletas, “salen tarde y algunas no tan bien armadas como convenía” tal y como había enseñado la experiencia el año anterior.<sup>6</sup>

No pensemos que las armadas del Mediterráneo estaban en algo así como en “crisis”, sino que los gastos de la Monarquía eran estructuralmente superiores a las necesidades que había que afrontar. Siempre más de lo que se tenía. Por otro lado, si desde la Corte pudiera haber dudas, instrucciones extrañas u otros desvíos, ello se debía – en parte– a la falta, o al retraso, de las informaciones.

Por todo ello, aun a pesar de jornadas victoriosas, no es de extrañar que se plantearan a renglón seguido cómo reducir gastos..., o lo contrario.

Ciertamente, lo del retraso en recibir informaciones era una constante. Con esos retrasos, también las contradicciones, o la desconfianza en tantas y tantas informaciones. Esto es un tópico permanente en las formas del vivir político del XVI: no se echan campanas al vuelo, no sea que en un par de días llegue otra información y no se humille el júbilo por los suelos. O ¿a qué lamentarnos si no enviamos a nuestros barcos a luchar contra los elementos?, como si se tuviera la esperanza de que al luchar contra los hombres llegara otro tipo de señal, de noticia victoriosa.

Un ejemplo: hasta el 10 de octubre de 1571 no escribió don Juan de Austria comunicando la victoria. Hasta el 30 de octubre no se supo con certeza en la Corte el triunfo. Hasta el 1 de noviembre no empezó el ayuntamiento de Madrid a festejar el triunfo.

Otro ejemplo: La Goleta cayó el 23 de agosto y Túnez el 13 de septiembre de 1574. Sabemos con exactitud cuándo se enteró Felipe II de semejantes descalabros. Recibimos las cartas del 4 y 13 de octubre, desde Nápoles, escribe el rey, “y con esta última los despachos del Ilmo. Don Juan de Austria mi hermano, con el aviso de la pérdida del fuerte de Túnez, que lo he sentido quanto es razón”, y se preguntaba “el suceso que habrá tenido lo de la Goleta.”<sup>7</sup> Unos días después ya tenía la respuesta, esa que nunca gusta escuchar. “La pérdida de la Goleta se ha sentido quanto es razón [...] de lo que toca al fuerte de Túnez estamos aguardando” las noticias de lo que “aurá sucedido” decía el rey a su almirante.<sup>8</sup> El “habrá sucedido” hace alusión a los informes de los combates, esos que aún se conservan en Simancas..., o en el *Quijote*.

<sup>6</sup> Desde Mesina, 14 de agosto de 1573. A[rchivo] G[eneral] de S[imancas], *Estado. Italia*, legajo 1065/21.

<sup>7</sup> AGS, *Estado. Italia*, 1065/168. Felipe II al Marqués de Santa Cruz. Desde Madrid, 6 de octubre de 1574.

<sup>8</sup> AGS, *Estado. Italia*, 1065/70. Felipe II al Marqués de Santa Cruz. Desde Madrid, 27 de octubre de 1574.

En cualquier caso, la guerra del Mediterráneo hacia 1575 había dejado de ser defensiva en el Norte de África, a ser defensiva en Italia. Había que reorganizarse. Hacia 1575 triunfa el discurso de la reducción de galeras y hombres en el Mediterráneo. Que lo que haya esté bien pertrechado, o bien dispuesto para el combate. ¿A quién desechar primero? Naturalmente, a los tullidos.

Y es que las estimaciones eran precisas: a los soldados, abastecedores y demás, se les debía hasta agosto de 1575, 833.900 escudos, es decir, unos 3.200 kilos de oro de deudas (unos 90M de euros a 11-S, 2013). A ese agujero, había que añadir los intereses que estaban a punto de finiquitar. De tal manera que en cuestión de un mes se necesitarían para saldar todas las deudas, 1.068.640 escudos de oro (3,5 millones de kilos de oro), de los que se podrían conseguir con rapidez la mitad aproximadamente. En esa montaña de deudas se computaba lo que se debía a Cervantes: “A las veinte compañías de la infantería española del tercio del maestro de campo don Lope de Figueroa que está en Sicilia, en que habrá dos mil y trescientos soldados poco más o menos, se les deberán hasta fin de agosto treinta y cinco mil escudos por cuatro meses que se les deben desde primero de mayo”. El primero de mayo de 1575 se les habían pagado los atrasos desde diciembre de 1574. Ahora, en agosto de 1575, se les volvía a adeudar desde mayo de 1575.<sup>9</sup>

Pagar al tercio de Lope de Figueroa era una pesadilla. Según informaciones desde Sicilia, en noviembre de 1574 se hicieron libranzas atrasadas y en febrero de 1575, aún no se habían cubierto todos los gastos. Como decía el Duque de Terranova, virrey en la isla, “el examen de las quantas del armada es negocio largo”. A pesar de ello, los soldados, ya veteranos en esto de la guerra, hacían alardes: “Han parecido en la muestra dos mil y quatrocientos y cincuenta y nueve soldados, buena gente y armados de la manera que Vuestra Majestad podrá –siendo servido– entender”.<sup>10</sup>

A lo largo de 1575, perdidos Túnez y La Goleta, Lepanto quedaba en un sueño, o en cicatrices que llenaban de orgullo a quien las llevara. Pero lo que estaba claro era que había que licenciar a las tropas.

Así las cosas, a él, como a tantos más, se les dieron cartas de recomendación, elogiosas o elogiosísimas. En Simancas se conservan decenas de muestras de esas cartas.

Y así, el soldado tullido, aun avezado en las artes de la guerra, pero sólo soldado, y su hermano, hubieron de volver a casa.

Para su desdicha, el 26 de septiembre de 1575 en *El Sol* ocurrió lo que ocurrió y no se puso fin a la vida de infortunio de aquel aún ignoto escritor.

Cervantes vivió plenamente en una supraestructura coordinada desde Madrid, con “subsistemas imperiales”. Aunque hubiera reinos u otros territorios pendientes del centro político, entre todos ellos había de reinar la paz. Esto era una enorme ventaja: los napolitanos no iban a tener que luchar contra flamencos, ni desde Milán habría una invasión hacia el sur. Las galeras de Sicilia no iban a encontrarse con las de Génova y el dinero de Indias podría ayudar a remediar los asuntos de Flandes.

<sup>9</sup> AGS, *Estado*, 1071, 3. En la misma fecha, 29 de agosto de 1575. Reviso las cuentas que ofrezco en el trabajo citado... ¡no debí quitar los múltiplos!

<sup>10</sup> Don Pedro de Velázquez al rey. Desde Lentín, 7 de febrero de 1575. AGS, *Estado. Sicilia*, 1144/156 y 157.

Existía, por lo tanto, una unidad de objetivos: la defensa de la dinastía, de la religión y del territorio. Entre todos se palpaba una suerte de pacto y permanente capacidad de negociación con la Corte real. El mantenimiento de todos estos equilibrios fue lo que dio alas y vida al Imperio español. Qué duda cabe que napolitanos, sicilianos o sardos se sabían más seguros dentro de esa estructura política, que no dando bandazos en inciertas alianzas. Los territorios que más costearon esa supraestructura fueron Indias y Castilla, Nápoles y Flandes (por ese orden). En toda esa estructura las funciones parecían tenerlas claras, o al menos latentes. ¡Para ello se formaban aquí y allá, con “circulación de las elites”!: defensa, dinero en movimiento, circulación de bienes e ideas. Hubo graves momentos de quiebra de esa estructura cuando no se pudo o supo mantener la alianza, el pacto (Flandes, Aragón, 1640).

Sin embargo, qué extraño resulta al historiador imaginar que fuera a haber indiferencia o absoluto desconocimiento de lo que representaba mantener un Nápoles bien cohesionado en esta estructura, o un Lima, o un Bruselas por no decir Milán.

Mientras se comprendieron esas alianzas que dejaban hacer (el caso de Génova resulta espectacular, como todos los demás), se mantuvo el Imperio de la Monarquía de España. Por sus aguas y sus tierras anduvo Cervantes, acaso sin ser el estratega que comprendiera todo ello, pero sí el soldado que se dejaba la mano y el alma por la Monarquía que encarnaba unos ideales y la religión que los encauzaba, o el historiador que quería dejar constancia de tantas glorias.

Perdida la columna vertebral en 1648 y sus epígonos, no es de extrañar que se perdiera la memoria de todo lo habido.

Así es, y no de otra manera, como se puede leer con perplejidad el inventario de los bienes del rey de España Carlos II:

Alcázar de Madrid. 17 de noviembre de 1700. Un grupo de ilustres personajes prepara el inventario *post mortem* de los bienes del rey de España, Carlos II, fallecido dos semanas antes.

Presiden la ceremonia el Exmo. Sr. Duque de Medina Sidonia, Mayordomo Mayor real, y el Marqués de la Alameda, decano de los Mayordomos, junto a los que están el Grefier y el Aposentador más antiguo.

El inventario de bienes lo realiza don Tomás Jiménez Pantoja, caballero de Santiago, Conde de la Estrella, Consejero de Castilla, Guerra y Hacienda, entre otros títulos. En su poder hay unas *Memorias y descripciones de las pinturas y otros bienes y alhajas que había en dicho real cuarto el año de mil seiscientos y ochenta y seis*. Sirven esas memorias para redactar, quince años después, un nuevo inventario.

La comitiva va cotejando cuadros con los datos de 1686. La voz del oficial que hace el inventario, nos llama la atención:

Un cuadro con el retrato del señor Don Felipe Segundo ofreciendo a Nuestro Señor a su hijo el rey don Felipe Tercero en su nacimiento, con un ángel que baja con una palma y un triunfo contra la Casa Otomana *que parece ser* el de la Batalla Naval, original de mano del Ticiano.<sup>11</sup>

Sorprendámonos momentáneamente: un triunfo “que parece ser”. No hay seguridad; la batalla naval no se dice cuál es –tal vez porque no hubiera qué decir de Lepanto, lo cual no me lo creo–; en fin, parece ser como que al final del XVII, se

<sup>11</sup> La testamentaría de Carlos II se hizo entre 1700 y 1709. Consta de seis volúmenes con 3.274 folios y se conserva en el Archivo de Palacio. Lo que aquí cito procede Fernández Bayton, I.

hubiera perdido la memoria de lo que había sido la Casa de Austria. Parece ser que se olvidaron de muchas cosas, por miedo a la comparación. Parecen ser tantas cosas, tan desdichadas. Entre otras, que Felipe II no está ofreciendo a Felipe III, sino que está ofreciendo a su otro hijo, anterior y muerto a los siete años, don Fernando.<sup>12</sup> El ángel baja con la palma, esto es, con el símbolo de la victoria e igualmente de la fecundidad, de la regeneración y de la inmortalidad. No era para menos, después de la muerte de don Carlos en 1568, el poder celebrar así este natalicio. Parece como que a finales del XVII los españoles de palacio hubieran perdido sus referentes histórico-culturales. Los otros, ni los tendrían.

*Sic transit gloria mundi.*

---

<sup>12</sup> Don Fernando fue el primer hijo de Ana de Austria y de Felipe II. Nació en 1571 y murió en 1578. Felipe III, cuarto hijo nacido vivo, vino al mundo en 1578. Lepanto fue en 1571. Obviamente, se está ofreciendo a Fernando. Téngase en cuenta, además, que Ticiano murió en 1576. Nunca pudo, pues, pintar a Felipe III.

**Obras citadas**

- Alvar Ezquerra, Alfredo. "Cervantes contra Moros y Turcos y su vuelta a casa". Bruno Anatra, Maria Grazia Mele, Giovanni Murgia y Giovanni Serreli eds. "*Contra moros y turcos*". *Politiche e sistemi di difesa degli stati della corona di Spagna in età moderna. Convegno Internazionale di Studi (Villasimius-Baunei, 20-24 settembre 2005)*. Cagliari-Genova-Torino-Milano: Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea-CNR, 2008. 49-79.
- . "Los mediterráneos de Carlos V y la empresa de Túnez". Alfredo Alvar Ezquerra y José Ignacio Ruiz Rodríguez eds. *Túnez, 1535*. Madrid: Euroconsulting 2002, 2010. 185-235.
- . *La emperatriz. Isabel y Carlos V. Amor y gobierno en la Corte española del Renacimiento*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2012.
- A[rchivo] G[eneral] de S[imancas], *Libros de Cédulas de la Cámara*, 145, fols. 254-262, 8 de diciembre de 1567.
- AGS, *Estado. Italia*, legajo 1065/21. Desde Mesina, 14 de agosto de 1573.
- AGS, *Estado. Italia*, 1065/168. Felipe II al Marqués de Santa Cruz. Desde Madrid, 6 de octubre de 1574.
- AGS, *Estado. Italia*, 1065/70. Felipe II al Marqués de Santa Cruz. Desde Madrid, 27 de octubre de 1574.
- AGS, *Estado. Sicilia*, 1144/156 y 157. Don Pedro de Velázquez al rey. Desde Lentín, 7 de febrero de 1575.
- AGS, *Estado*, 1071, 3. En la misma fecha, 29 de agosto de 1575. Reviso las cuentas que ofrezco en el trabajo citado.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. Florencia Sevilla ed. *Obras completas*. Madrid: Castalia, 1999.
- Fernández Bayton, Gloria. *Inventarios reales. Testamentaría del rey Carlos II (1701-1703)*, I. Madrid: Museo del Prado, 1975.
- Viena. Hof, Haus und Staats Archiv, *Spanien, Hofkorrespondenz*, 2/3, de don Juan Manrique a Maximiliano II, desde Mesina, 2 de agosto de 1572.
- Viena. Hof, Haus und Staats Archiv, *Spanien, Hofkorrespondenz*, 2/3, Corfú, 14 de agosto de 1572.